

Cisterciensi – Liturgia

Louis Julius Lekai

En Cîteaux, en sus primeros tiempos, interpretando el verdadero significado de la Regla de San Benito, se intentó restablecer el equilibrio entre las tres ocupaciones monásticas fundamentales: *opus dei*, *lectio divina*, *opus manuum*, equilibrio roto por la observancia de Cluny, en la que el trabajo manual había sido prácticamente eliminado debido a la duración excesiva y la compleja elaboración de las celebraciones litúrgicas. Cîteaux, por eso, eliminó del servicio divino todos los añadidos cluniacenses, retomando el modelo primitivo de la Regla y añadiendo sólo el oficio de difuntos. Stefan Harding, por deseo de autenticidad, inició una revisión crítica del texto de la Biblia, adaptó los himnos de la antigua liturgia ambrosiana milanesa y estudió el antifonario de Metz, persuadido de que sus melodías fuesen las más próximas al primer canto gregoriano. Porque la Regla no dice una palabra sobre la Misa conventual diaria, Cîteaux adoptó una versión simplificada del rito galicano, como se oficiaba entonces en la provincia eclesiástica de Lyon. A pesar de que redujese notablemente el copioso número de santos celebrados y conmemorados y, bajo la supervisión de San Bernardo, una comisión de expertos estableció cuales y cuantas versiones del *Kyriale* podían utilizarse, reforzando – en la solución de tales cuestiones – el principio de una austera sencillez. El mismo criterio fue seguido para la elección de los utensilios y paramentos litúrgicos, consintiéndose sólo el uso de crucifijos de madera, de candelabros de hierro, casullas de lino o lana y cálices de plata. El palio, la capa pluvial, la dalmática o la túnica fueron eliminados y todos los hilados y tejidos de lino debían ser extremadamente simples, sin bordados ni otros adornos. Aunque los Cistercienses no desearan la formación de un rito específico, el hecho que, en la *Carta caritatis*, se pidiera la uniformidad de los textos y de las funciones litúrgicas, hizo que la particular versión del rito galicano, oficiada a Cîteaux, propagada por la Orden en su expansión, se asociase tan estrechamente a los Cistercienses que fuera finalmente aceptada como específico rito cisterciense.

Más adelante, en la Edad Media, la primitiva sencillez fue en gran parte abandonada, pero el verdadero cambio tuvo lugar únicamente después de la reforma de la liturgia romana, acaecida durante el pontificado de Pio V (1566-72) y dirigida a realizar la total uniformidad del rito en todo el mundo católico. Si bien a las antiguas Ordenes monásticas, como aquella del Cister, le fue consentido conservar sus ritos específicos, el capítulo general de 1618 adoptó el nuevo *Missale Romanum*, aportando solo algunas modificaciones secundarias; sin embargo, conservó el uso del calendario cisterciense. Gracias a las intervenciones del abad general Claudio Vausin (1645-70), se conservó el *Breviario* cisterciense, aunque fuera luego revisado en 1656 a la luz de la doctrina contemporánea. La subdivisión de la Orden en “común” y “estricta” observancia no ha hecho mella en la uniformidad litúrgica: esta se ha conservado casi inalterada desde el siglo XII hasta el Concilio Vaticano II. La serie completa de los textos litúrgicos de ambas observancias ha sido publicada por los monjes trapenses de Westmalle. Dónde

llevará el abandono del uso del latín, la introducción de las lenguas vernáculas y las concesiones en la experimentación de nuevos ritos litúrgicos es todavía difícil de establecer.

(Trad. „Liturgia (Cistercensi)“ en el „Dizionario degli Istituti di Perfezione“, t. 2, Roma, 1975, col. 1065-1067, de L. J. Lekai.)